

Domingo Vigésimo Cuarto del Tiempo Ordinario, Ciclo B

Is 5, 5-10; Sal 114,1-2. 3-4. 5-6. 8-9; St 2,14-18; Mc 8, 27-35

Las lecturas de este domingo parece como si nos trasladaran al tiempo de la Pasión, por el canto del Siervo de Isaías. Pero se ha elegido esa lectura para preparar la afirmación de Jesús en el evangelio sobre el estilo de su mesianismo.

En el evangelio de Marcos escuchamos, por boca de Pedro, la confesión de fe de alguien que sí ha creído en él: "Tú eres el Mesías". Una página decisiva en el evangelio de Marcos, la confesión de Cesarea.

Es una pregunta clave también hoy: ¿quién es Jesús? Junto a los que le rechazan o no creen en él, están los que le tienen sólo por un profeta, o por un predicador admirable, o como un modelo de entrega por los demás. Los que están presentes en la Eucaristía dominical seguramente tienen un concepto más profundo sobre Jesús: es el Mesías, el Enviado de Dios; más aún: es el Hijo de Dios, el hombre en quien habita la plenitud de la divinidad. Por eso creemos en él, le amamos, le intentamos seguir en nuestra vida. Porque él es quien da sentido a todo en nuestra existencia.

Nos podemos espejar en ese apóstol que se ha constituido en portavoz de los demás, Pedro, que irá madurando poco a poco en su conocimiento de Jesús, porque todavía es muy superficial su seguimiento y tendrá, en la Pasión, momentos incluso de traición y negación. Luego, después de la Pascua y con la fuerza del Espíritu, será un apóstol incansable y dará su propia vida como testimonio de su fe en Cristo. Los que nos rodean irán interesándose en Cristo Jesús y su mensaje si a nosotros, que nos decimos cristianos, nos ven con un estilo de vida que hace creíble nuestro testimonio de fe.

Una cosa que Pedro y los demás no quisieron entender, al principio, es que el mesianismo, tal como lo entiende Jesús, pasa por el sufrimiento y la muerte. Y eso que ya lo había anunciado el profeta Isaías, en su canto del Siervo, cuando hablaba de que este Siervo enviado por Dios recibiría golpes e insultos y salivazos, aunque contando siempre con la ayuda y la fuerza de Dios. Por eso, la actitud que triunfará en él es la confianza: "No quedaré avergonzado".

Junto a la alabanza que merecía Pedro por su lapidaria profesión de fe, recibe según el evangelio de hoy, una de las réplicas más duras de Jesús: "Apártate de mí, Satanás". Pedro y los demás no entienden que Jesús ha venido, no a ser servido, sino a servir; a cumplir su misión con una solidaridad plena con la familia humana, incluido el dolor y la muerte; y que va a salvar al mundo precisamente con su muerte, con su entrega total. A Pedro -y la nosotros- le gustaban las palabras suaves de Jesús, las consoladoras. Le gustaba el monte Tabor, el de la transfiguración de Jesús. No quería entender el sentido del otro monte: el Calvario.

Tampoco a nosotros, quizá, no nos gustara mucho que Jesús nos haya dicho que el que quiera ser su discípulo, debe tomar su cruz cada día y seguirle. Creer en Jesús no sólo de palabra, sino viviendo según su estilo de vida -de nuevo parece resonar el mensaje incisivo de Santiago- supone seguramente renunciar a criterios más atrayentes de este mundo, elegir el camino más difícil, organizar nuestra vida

siguiendo el ejemplo de Jesús, sobre todo con la entrega por los demás. No basta con que digamos que creemos en Jesús, sino tenemos que aceptarle por entero, también en lo que tiene de exigencia y de cruz.

“Quien quiera venir en pos de mí... tome su cruz y sígame” (Mc 8,34). La leyenda, que se ha entretejido en torno al hecho de la exaltación de la santa cruz, presenta la exigencia de esta frase en una imagen extraordinariamente plástica. El emperador Heraclio, que había logrado arrebatarse de nuevo la cruz a los persas, la lleva él mismo en procesión triunfal, adornado con las insignias del poder mundano, hacia el monte Gólgota. Habiendo llegado a la puerta de la ciudad, de repente se ve imposibilitado de dar un paso más. El obispo Zacarías de Jerusalén le explica por qué no puede seguir, diciéndole: “advierete, oh emperador, que tú, con este ornato triunfal, imitas muy poco, al llevar la cruz, la pobreza y la humillación de Jesucristo”. Entonces el emperador se despoja de sus lujosos ropajes y, vestido con ropas “plebeyas”, puede llevar la cruz hasta el final.

La verdad interior de la leyenda es bien clara: el que pretende seguir a Cristo debe arrojar, de una u otra manera, el lastre, todo lo que no es Jesús. En efecto, él nos dice: “El que quiera salvar su vida la perderá; pero el que pierda su vida por mí y por el Evangelio la salvará”. Perder la vida para salvarla. Y ya desde aquí. No vivir atrapados por el egoísmo. Vivir amando, haciendo el bien, como Jesús. Vivir en plenitud, con solidaridad. Vivir para los demás. Jesús quiere ayudarnos a entender todo esto y a vivirlo. Pidámosle que nos haga esta gracia.

Merece la pena saber qué nos pide el Señor. También él puede y quiere ayudar a que actuemos en consecuencia. Esta Eucaristía que ahora celebramos nos dé la fuerza que necesitamos para vivir con mayor intensidad la enseñanza de Jesús.

El tema de hoy es ***el misterio de la cruz y del sufrimiento humano***: misterio tan difícil de aceptar y de comprender... Las lecturas de hoy nos dan mucha luz para entenderlo.

En efecto, la Primera Lectura (Is. 50, 5-9) nos presenta el anuncio profético del Profeta Isaías de los sufrimientos de Cristo, descripciones tan reales que parece como si el Profeta hubiera estado presente en el momento mismo que se sucedió pasión y muerte del Señor.

Sabemos que ***Jesús aceptó el sufrimiento, el dolor***, la tortura con mansedumbre y abandono confiado en la voluntad del Padre: “Yo no he opuesto resistencia, ni me he echado para atrás. Ofrecí la espalda a los que me golpeaban, la mejilla a los que me tiraban de la barba. No aparté mi rostro de los insultos y salivazos”.

El ***abandono confiado*** de Jesús en Dios Padre se nota en esta frase: “Pero el Señor me ayuda, por eso no quedaré confundido, por eso endurecí mi rostro como roca y sé que no quedaré avergonzado”. ***La confianza plena en el Padre le hace sentir cierto alivio y le asegura el triunfo final***, que se dará en el momento de la resurrección y con el objetivo de su sufrimiento: la salvación de la humanidad.

Es fácil, entonces, sacar **conclusiones** aplicables para los momentos **de sufrimiento propio**: mansedumbre ante el dolor, entrega confiadísima a Dios, con la seguridad del alivio y del triunfo final.

Además, tener siempre en cuenta el **objetivo del sufrimiento**: la salvación propia y de los demás. Como bien dice San Pablo: "completo en mi cuerpo lo que falta a los sufrimientos de Cristo" (Col. 1, 24). Y es así: nuestros sufrimientos bien aceptados, en imitación a Jesús sufriente y crucificado -y, por lo tanto, unidos al sufrimiento de Cristo- los utiliza la providencia divina para la salvación de la humanidad.

El Evangelio (Mc. 8, 27-35) vemos que Jesús camina con los Apóstoles en una de sus largas jornadas, cuando Jesús decide preguntarles: **¿quién dice la gente que soy Yo?**

Las respuestas son equivocadas. Por eso les dice: ¿Y quién soy Yo para ustedes? Y el impetuoso Pedro responde: "Tú eres el Mesías", el esperado por el pueblo de Israel para salvarlo.

Cabe decir que en esta época, por la presión romana, todos **esperaban un Mesías libertador y vencedor desde el punto de vista temporal**, que los libraría del dominio romano y establecería un reino, mediante el triunfo y el poder. Como que se ponía poca atención a las clarísimas profecías de Isaías sobre el Mesías, como el Siervo sufriente de Yahvé.

Por eso los apóstoles y Pedro, que **pensaban también en ese Mesías triunfador**, cuando Jesús "se puso a explicarles que era necesario que el Hijo del hombre padeciera mucho, que fuera rechazado por los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, que fuera entregado a la muerte y resucitara al tercer día"; **Simón llama a Jesús aparte para tratar de disuadirlo** de lo que acababa de anunciarles como un hecho, la respuesta del Señor resulta ¡impresionante!, severa: "Jesús se volvió y, mirando a los discípulos, **reprendió a Pedro**". Le dijo sin ninguna suavidad: "¡Apártate de mí, Satanás! Porque tú no juzgas según Dios, sino según los hombres".

Ahora bien, tan severa respuesta tiene que tener algún motivo serio. San **Pedro estaba siendo tentado por el Demonio** y a éste Jesús le responde igual que cuando en el desierto quiso también tentarlo con el poder temporal.

Con esto vamos entendiendo que **todo intento de rechazo de la cruz y del sufrimiento**, todo intento de buscarnos un cristianismo sin cruz y sufrimiento, es una tentación y, como vemos, no va de acuerdo con lo que Jesús continúa diciéndonos en este pasaje evangélico, para explicar un poco más el sentido del sufrimiento suyo y el nuestro. "El que quiera venir conmigo, que renuncie a sí

mismo, que cargue con su cruz y que me siga". Más claro no podía ser: el cristianismo implica renuncia y sufrimiento.

Seguir a Cristo es seguirlo también en la cruz, en la cruz de cada día, el hacer diario la voluntad del Padre... Y para ahondar un poco más en el asunto, agrega una explicación adicional: "El que quiera salvar su vida, la perderá", o dicho de otro modo, si no renuncias a lo suyo y me prefieres a mí y a lo mío, te perderás; "pero el que pierda su vida por mí y por el Evangelio, la salvará", es decir, para tener vida eterna perdamos lo nuestro y hagamos de Jesús y lo suyo, nuestro mejor y único tesoro.

Que encontrando el sentido al dolor y al sufrimiento en nuestra vida, que es inevitable, desde la experiencia y la vida de Jesús, llevando este misterio unidos a Él, ***brille la cruz del Verbo***, luminosa, brille como la carne sacratísima de aquel Jesús nacido de la Virgen, pues por ella el mundo ***ha obtenido la salvación***. ¡Oh Cruz de Cristo!, ¡oh cruz de cada uno de nosotros!, ¡tu eres nuestra victoria!, ¡oh Cruz, tú nos salvarás!; ¡Oh Cristo, Salvador nuestro, sálvanos por la fuerza de esta Cruz!, ¡ten piedad de nosotros y acoge con agrado nuestra cruz de cada día, pues sabemos, que unidos a tu Cruz, tu triunfo es nuestro triunfo, tu victoria, nuestra victoria, nuestro éxito total!

Padre Félix Castro Morales

Fuente: <http://parroquiadelasoleidad.org/> (Con permiso a homiletica.org)